

VIVIR BIEN FRENTE AL DESARROLLO, PROCESOS DE PLANEACIÓN PARTICIPATIVA EN MEDELLÍN

María Luisa Eschenhagen
marialuisa.eschenhagen@upb.edu.co

Título: *Vivir bien frente al desarrollo, procesos de planeación participativa en Medellín*

Autores: Gómez, Esperanza, Vásquez, Gerardo, Néstor Pérez, miguel Tamayo, Catalina Gómez, Nelly Osorno, Giovanni Gómez, Claudia Suárez, Samuel Valencia, Orlando Atehortúa.

Editorial:

No. de páginas:

Lugar: Universidad de Antioquia, Medellín

Año: 2009



Este libro ya en su propia elaboración aspira a ser coherente con su objeto de investigación, que es la participación, al ser escrito por nueve personas (académicos, profesionales de organizaciones no gubernamentales y líderes y lidrezas comunitarios) que construyen toda una autoreflexión y que reconocen explícitamente la colaboración amplia de los múltiples actores locales investigados (4 páginas completas de nombres). El objetivo central es el análisis de los procesos de planeación participativa del desarrollo en varias comunas de Medellín. El gran reto que se proponen los autores es problematizar la relación entre discurso y prácticas del desarrollo, en su relación con

los discursos y prácticas del vivir bien, tal como son enunciados por quienes viven en estos territorios. La planeación participativa se convierte así en el escenario común o lugar de encuentro para la participación y las posibilidades de diálogo entre estas diversas formas de abordar la vida local a partir de la planeación participativa. Las preguntas centrales que se plantean son:

cómo tales discursos se expresan en las estrategias de solución: programas y proyectos sociales y de educación que pretenden mejorar las condiciones de las personas que habitan allí y cómo los discursos del desarrollo se constituyen en herramientas de poder para

definir la ruta de la planeación, las dimensiones, las estructuras organizativas, las formas de gestión y las representaciones de lo que son los sujetos que participan en tales procesos (p.16).

Para responder estas preguntas, el libro está dividido en tres capítulos, el primero denominado Ciudad global y territorios locales, el segundo Discursos del vivir bien y del desarrollo y el tercero Prácticas del vivir bien y para el desarrollo, complementando estos capítulos con un CD el cual compila todos los estudios locales realizados. El grupo de autores invita además a “limpiar la mirada... a mirar con otros ojos, quizá más abiertos, el panorama que desde la sencillez de la vida cotidiana nos han ofrecido desde hace muchas décadas mujeres y hombres” (p. 25).

El primer capítulo tiene a su vez dos subcapítulos, uno denominado “Medellín, Ciudad global y territorios locales” y el otro “Comunas y corregimientos, identidades y planeación participativa”. El objetivo del primero es presentar un recorrido histórico, desde los primeros colonizadores en el siglo XV hasta nuestros días, de la fundación, conformación y crecimiento de la ciudad de Medellín, es decir su poblamiento. Aquí la atención central está en “las representaciones del progreso y desarrollo que han predominado... [así como en] las iniciativas de ordenamiento del territorio y la planeación estatal y participativa en cada etapa histórica” (p.30). Resulta interesante observar cómo son introducidos criterios de la ciudad moderna desde Europa y con ello las representaciones propias del llamado progreso con pretensiones de planificación urbana. Luego en el siglo

XIX y XX el poblamiento está marcado por la entrada de desplazados y el fenómeno que siempre lo acompaña hasta hoy: los urbanizadores piratas. El recorrido histórico también evidencia, cómo a mediados del siglo pasado, se da un cambio de la idea del progreso al concepto de desarrollo, el cual se convierte “en un instrumento poderoso para normalizar el mundo” (p. 45). Esto conlleva a nuevas formas de control de la sociedad, a unos diseños basados en la racionalidad rectilínea y a la privatización del transporte urbano y otros espacios. Y en medio de todos estos cambios la ciudad triplicó su población. La segunda mitad del siglo XX está marcada por la construcción de grandes urbanizaciones legales y el surgimiento de barrios ilegales y estatales, por invasiones y loteos piratas. Esto ha hecho que “la historia de estos barrios está en buena parte determinada por la búsqueda y consolidación de los servicios públicos y sociales” (p. 55). Lo cual, especialmente a partir de los años 90, ha resultado ser un gran reto al enfrentarse con una orientación de “la ciudad hacia una concepción abierta para la competitividad, la internacionalización y la modernización... [donde además]... el carácter funcional de la democracia liberal impide una mirada hacia lo local” (p. 56, 63).

El segundo subcapítulo está dedicado a las “Comunas, corregimientos, identidades y planeación participativa”, donde se plantea la pregunta en torno a cómo se crean las identidades locales, los imaginarios de ciudad y cómo estos dos posibilitan una planeación para y desde lo local. Nuevamente los autores exponen claramente la necesidad de una revisión histórica del poblamiento, ya que es a través de él que se forja la

identidad. Esto resulta ser muy valioso porque evidencian, con ejemplos concretos, cómo las divisiones político administrativas en gran medida no han respetado estos poblamientos entre los cuales se han formado mapas y fronteras mentales y que entran en tensión si no se respetan. De ahí también la necesidad de señalar que “lo” social no puede confundirse con suplir las necesidades de servicios básicos administrativamente, sino que

la identidad social surge en lo espacial como un afianzamiento del territorio vivido, esta vez mediante la escenificación donde se representa, se actúa, se ejerce el poder y tienen lugar los conflictos, pero cuya importancia radica en la significación para quienes viven allí porque plasman sellos comunes y a la vez originan diferenciación con otros barrios, veredas o contextos de la ciudad (p. 83).

Por lo tanto este capítulo demuestra cómo la configuración espacial posibilita relaciones específicas que adquieren amplios significados, los cuales muchas veces no son tenidos en cuenta por los planeadores urbanos, quienes además imponen una homogenización y estandarización de lo público. Todos estos aspectos no se podrán desconocer en el momento de hablar de una participación participativa, que tiene como fin el desarrollo de las comunidades locales pero que se enfrentan a un discurso del desarrollo que debe ser explicitado y evidenciado para posibilitar diálogos entre los modos de vida específicos y las prácticas dominantes del desarrollo.

El segundo capítulo, “Discursos del vivir bien y del desarrollo”,

plantea como punto de partida la “preocupación por lo discursivo [que] surge del continuo empobrecimiento e invisibilización a que son sometidos diversos sectores sociales” (p. 110) y tiene como objetivo especificar y evidenciar diferentes discursos. Para tal fin propone dos subcapítulos, uno sobre “Los lenguajes del vivir bien, vivir mejor y del desarrollo” y otro sobre “Conocimientos en la cotidianidad vecinal y para el desarrollo”. Es en este primer subcapítulo que explica cómo los autores llegan al concepto del vivir bien, al observar que en el lenguaje cotidiano de los pobladores se hablaba más del vivir bien o el estar bien, en vez del desarrollo, porque lo ven relacionado con la vida espiritual y sus valores, el entorno natural y la vecindad comunal. Además el vivir bien está estrechamente relacionado con la capacidad y certeza de una comunidad de tener el poder y la capacidad de resolver sus problemas y con “la riqueza como posibilidad y acción de dar lo mejor que se tiene, no necesariamente porque al otro le haga falta sino porque se quiere compartir” (p. 116). Es de señalar además la importancia de la solidaridad y reciprocidad que se construye en comunidad, que luego se ve confrontada con el imaginario y lenguaje del progreso, de la individualidad. Estrechamente relacionado con esta concepción del vivir bien los autores señalan cómo esta concepción luego es interpretada y traducida, en los términos específicos y técnicos del desarrollo, para ser reconocidos ante la administración municipal pero con ello sufren cambios significativos. El problema aquí radica en que en los escenarios globales en los que se dan los procesos de planeación participativas “en raras ocasiones se hacen explícitos los discursos del desarrollo porque se considera obvio

el interés común de trabajar por el bienestar de los habitantes locales” (p. 131). Es decir, en pocas ocasiones se hacen explícitos los discursos del desarrollo de los agenciantes, y en esta medida, tampoco son puestos en diálogo con los discursos del vivir bien, con lo cual se privilegian los discursos dominantes del desarrollo sin la reflexión adecuada y la decisión conveniente en términos de autonomía local.

El segundo subcapítulo, denominado “Conocimientos en la cotidianidad vecinal y para el desarrollo”, revisa qué conocimientos existen y cuáles se generan para posibilitar un desarrollo, siendo conscientes que la colonización actualmente ya no pasa por una ocupación física del espacio, sino mediante un sistema de conocimiento. Se evidencia, a través de una serie de ejemplos, que el conocimiento se adquiere en las comunidades recorriendo y escuchando, se conoce por contraste y a través de la vivencia el territorio. Los “conocimientos para vivir bien son generados desde las experiencias cotidianas” (p. 164). A la vez se señala también, cómo éstas formas de conocer chocan con los escenarios desde los cuales se agencia el desarrollo. Por lo tanto:

conviene reflexionar la relación del conocimiento construido con el tipo de visibilización que se logra de lo local y el poder transformado en la autonomía de sus habitantes... El conocimiento como poder para la autonomía y el reconocimiento de modos de vida en constante recreación queda subsumido o en resistencia frente al conocimiento producido como mecanismo para el desarrollo en su carácter universal, hegemónico e ideologizante,

pero tal como fue construido se puede deconstruir. (p. 169-170).

Finalmente el tercer capítulo, “Prácticas del vivir bien y para el desarrollo”, plantea tres grandes temas: las formas de vivir, la educación y la participación, como prácticas concretas para seguir y reproducir el mismo orden hegemónico del desarrollo o para controvertirlo. Así el primer subcapítulo se dedica a los “Modos del vivir comunitarios y soluciones del desarrollo” y plantea en primera instancia la importancia para definir en primer lugar el concepto de necesidades, ya que los dispositivos de alienación económica del modelo de desarrollo dominante son las necesidades construidas. Estrechamente ligado al concepto de necesidades está la idea de pobreza. Aquí, en vez de seguir a los indicadores clásicos internacionales, plantean como enfoque central “separar la pobreza material generada por las relaciones desiguales del capital, de la subsistencia no economizada” (p.179). Es desde este enfoque que se plantea la opción del “vivir bien” y los investigadores encuentran una serie de prácticas comunitarias sumamente solidarias que dan un ejemplo claro de las vías posibles para vivir bien. En primera instancia encuentran las prácticas sanativas, que utilizan saberes ancestrales y que algunas personas prestan de manera gratuita a los enfermos. Al prestarse estas prácticas, de manera no economizada, se da un conflicto con el sistema de salud moderno, el cual no es accesible para muchos enfermos y a la vez prohíbe dichas prácticas. En segunda instancia encontraron la “enseñanza de saberes en oficios y valores comunitarios”, donde los valores básicos son el respeto, la reciprocidad, la solidaridad para

poder vivir bien. La tercera práctica que encontraron es la “mediación para la convivencia comunitaria”, que es realizada especialmente por mujeres para resolver conflictos que existen entre los vecinos. Y finalmente “la preservación de la naturaleza”, que se dedica ya sea a la protección de las quebradas o al reciclaje entre otras actividades.

Otros aspectos importantes dentro de los modos de vivir comunitarios, son por un lado el aspecto de la reciprocidad que se refleja en las prácticas de la minga, en redes de apoyo comunitario o en prácticas de donación, que no van acorde a la economización de la vida social que promueve el desarrollo. Por el otro lado está el énfasis en la solidaridad, en vez de la competitividad, que se expresa a través de prácticas del trueque o de asociación cooperativa, como caminos para vivir bien. Pero también la fiesta y la alegría comunitaria resultan ser actividades centrales, no institucionalizadas, porque al institucionalizarlas pierden su intención y potencial de sentido y cohesión social. Con estos ejemplos queda claro, que estas prácticas de vivir bien, “son sustancialmente diferentes a las que se promueven desde el agenciamiento del desarrollo... [estas] aspiraciones no se resuelven con dinero sino que se corresponden con las variadas formas de reciprocidad y reconocimiento mutuo” (p.204).

La “Educación en la vida familiar; vecinal y para el desarrollo” resulta ser otra entrada para analizar las prácticas del vivir bien. El contraste que se plantea aquí recae en las formas institucionalizadas de la educación versus las que son usualmente situadas como las informales con sus respectivas potencialidades y limitaciones para el desarrollo. Es decir, la educación institucionalizada,

economizada, capitalizable, inmersa dentro unas políticas educativas y la educación desde la cotidianidad vecinal. La primera, al tener un estatus de reconocimiento termina por ser aplicada también en los procesos de planeación participativa, lo cual merecerá una reflexión más profunda en cuanto a que por un lado se observa una “sobrecapacitación” y por el otro sigue las tendencias funcionalistas y economicistas de la educación. Mientras que:

En síntesis la educación desde el vivir bien comunitario a nivel familiar y vecinal desde nuestra interpretación tiene tres cualidades implícitas: la circulación y conservación de saberes, la diversidad y la defensa de la autonomía en el territorio. El aprendizaje es más efectivo que el del aula porque surge de la necesidad de saber, está soportado en la vida misma, es un saber histórico cultural que se transmite de generación en generación (p. 229).

Finalmente el último capítulo se dedica específicamente a la “Participación vecinal y para el desarrollo”. El aporte interesante de este capítulo es que sitúa la participación claramente en un escenario político y cultural, que tiene presente las grandes desigualdades sociales y no meramente el debate conceptual. Demuestra cómo la participación es un aspecto inherente a todas las comunidades, que se expresa, desde el vivir bien, como el sentido de comunidad, como el convite. Es convite el trabajo comunitario que posibilitó la construcción de los barrios, donde se practica la reciprocidad. Un espacio que sin embargo no es solamente de trabajo sino también para las fiestas, que son un elemento fundamental